

Mayra Lisset Morales Martínez



Ts'unu'um
Historias del colibrí

Ilustraciones
Paola Lizbeth López Arias



Instituto Nacional de los Pueblos Indígenas

Lic. Adelfo Regino Montes

Director General del Instituto Nacional
de los Pueblos Indígenas

Mtra. Bertha Dimas Huacuz

Coordinadora General de
Patrimonio Cultural y Educación Indígena

Itzel Maritza García Licona

Directora de Comunicación Social

Ts'unu'um. Historias del colibrí

Mayra Lisset Morales Martínez

Ilustraciones

Paola Lizbeth López Arias

Corrección de estilo

Victoria Cea

Diseño editorial

Paola Lizbeth López Arias

Coordinación

Norberto Zamora Pérez

México, 2022



01
PRÓLOGO

04
Amarillo
POLLO

20
El
GENERAL

44
Lluvia de
ESTRELLAS

32
Fuera de
ÓRBITA

55
Sueños de
LIBERTAD

Índice

PRÓLOGO



Hace mucho tiempo cuando los dioses crearon a todos los animales, decidieron darle a cada uno una función muy especial; tomaron barro y maíz y con ellos formaron a los que hoy conocemos. Los poderosos jaguares, los quetzales con sus plumas de vivos colores, el búho guía al mundo de los muertos, la serpiente sabia, los fieles xoloitzcuintles, entre muchos otros.

Al terminar sus creaciones, los dioses notaron que no habían formado a ningún animal que se encargara de comunicar las

peticiones, los deseos y los mensajes, y al no contar con más que barro y maíz para moldearlo; tomaron una pequeña piedra de jade a la que le dieron forma de flecha y por último, soplaron en ella para darle aliento de vida.

Inmediatamente la pequeña flecha comenzó a girar rápidamente, convirtiéndose en un bello pajarito con plumas hermosas; en ellas se reflejaban todos los colores del arcoíris. Ligerero y grácil, con su alargado pico, se podía acercar a todas las flores sin mover un solo pétalo y con sus fugaces alas, el tierno animal podía volar a cualquier lugar en poco tiempo. Los dioses complacidos por su creación le nombraron *ts'unu'um* en su lengua de origen, el maya, *huitzilli* en náhuatl, aunque actualmente nosotros lo conocemos como colibrí.

Al ver lo mucho que ansiaban los hombres adornarse con su exquisito plumaje, los dioses les advirtieron sobre el severo castigo que recibirían si alguien se atrevía a capturarlo.

Fue así como el colibrí, desde tiempos antiguos, se convirtió en el emisario encargado de transmitir los mensajes a los dioses; es por eso que cuando uno de ellos aparece repentinamente, significa que transporta los pensamientos y las emociones de alguien muy especial.

A continuación, serás testigo de cinco historias en las que el colibrí ayudó a los seres humanos con su mágico don, te aconsejamos que estés muy atento porque la próxima aventura podría sucederte a ti.



01



Amarillo **POLLO**



Yo tenía ocho años y mi hermano once cuando nos regalaron un pollito en el tianguis. La mayoría estaban pintados de colores alegres pero yo me enamoré del único que aún conservaba su color amarillo. Al llegar a casa me encontraba muy feliz y jugué con el pollito toda la tarde; a la mañana siguiente estaba muerto. Mi hermano dijo que yo era tan fastidiosa que todos se cansaban de mi muy pronto, tal vez tenía razón, y por eso un año después mis padres se divorciaron. Tomás, mi hermano, se



fue con nuestro padre y yo me quede con mamá. Casi enseguida tuvo que trabajar a causa del divorcio por lo que permanecía poco tiempo en casa.

Por muchos años el único contacto que tuve con mi papá fue mediante las tarjetas de cumpleaños que siempre me enviaba. Al principio sus mensajes eran personales y emotivos, me decía que me extrañaba y que nos veríamos pronto; sin embargo, con el paso del tiempo las tarjetas empezaron a llegar con simples frases frías, esas que se le dirían a cualquier persona por su cumpleaños, no a una hija. Tomás nunca me escribió ni me llamó por teléfono; todo lo que sabía de él era a través de las redes sociales. Yo aprovechaba cualquier pretexto para mandarle mensajes, reaccionaba con corazones a sus fotos e historias; él casi nunca me contestaba. Yo entendía que llevaba una vida ocupada, siempre había sido el más estudioso de los dos, pero después del divorcio, su vida se concretó exclusivamente

en eso. No tenía tiempo para una hermana menor que lo extrañaba, así que igual que mi padre, me limité a felicitarlo en ocasiones especiales: cumpleaños, navidades y años nuevos.

Años después y a punto de entrar a la universidad, decidí que era momento de independizarme. Mi mamá había vuelto a casarse hace poco, por lo que ella estaba de acuerdo en que le diera un poco de espacio para disfrutar de su nueva vida. Me mudé a un pequeño departamento que se encontraba muy cerca de la universidad a la que había decidido asistir para estudiar gastronomía.

Sabía que Tomás vivía a unas cuantas cuadras de mi departamento con algunos amigos suyos. Se encontraba estudiando medicina mas no sabía si era correcto ir a verlo. Teníamos nueve años lejos, sin vernos; yo tenía la impresión de que él parecía estar bien con ese hecho, pero yo no. Mi hermano podía ser

el más insoportable y grosero, no obstante, seguía siendo parte de mi familia. Nos habíamos llevado bien por algún tiempo, aunque irremediablemente los conflictos de nuestros padres nos afectaron.

Todos los miércoles pasaba la tarde leyendo en un parque cercano a su casa. Como no tenía el valor de buscarlo directamente, al menos podía optar por un encuentro casual, aunque la suerte no siempre estaba de mi lado. Después de varias semanas un buen día lo vi de lejos; era increíble cómo había cambiado. Verlo en fotos era muy diferente a tenerlo de frente. Evidentemente había crecido, pero no lo suficiente como para sobrepasarme, incluso podríamos medir lo mismo. Ahora usaba lentes, imaginé que se los quitaba al momento de tomarse fotos, su cabello se había puesto un poco más oscuro y se notaba su aumento de peso. Él, por unos segundos volteó hacia mi dirección pero pasó sin verme. ¿En qué estaba pensando, por qué perdía



horas de mi vida en ese parque esperando a que mi presencia significara algo para él si yo no le importaba en lo más mínimo? Tomé mi libro y me fui decidida a no volver.

Determiné ser como él y a concentrarme por completo en mis asuntos. Lo intentaba, aunque de vez en cuando los recuerdos de nuestra infancia se agolpaban en mi mente. He preferido recordar los buenos momentos por encima de los malos pese a que siempre que cocino pollo, recuerdo sus hirientes palabras. ¿Algún día llegará alguien que no se fastidié de mí?

Si yo no podía olvidarme de él, ¿por qué él sí de mí? Tal vez era momento de empezar a torturarlo un poco así que cada vez que en clase cocinábamos pollo, me aseguraba de empaquetarlo muy bien y de llevarlo, por la tarde, a su casa. A veces añadía frases que sólo él podía entender ya que siempre repetía el mismo platillo. En uno de esos días a punto de retirarme, abrió

la puerta y pude contemplarlo en su totalidad después de tanto tiempo. Me invitó a pasar para mi sorpresa, no sabía si darle un beso, un abrazo o si con un simple “hola” bastaría. Al verlo comprendí que él tenía la misma inquietud que yo, así que optamos por darnos un abrazo rápido y un beso un tanto incómodo. Me ofreció un poco de agua y limpió el desorden detrás de sí para que pudiera sentarme; reconozco que se trataba de un momento patético, ¿cómo habíamos llegado al punto de no conocernos? Mi visita fue muy breve por el bien de ambos, me felicitó por lo bien que cocinaba, intercambiamos números telefónicos y con bastante prisa salí de ahí.

Un par de horas después escribió para preguntar si había llegado bien y para ratificar su felicitación por el pollo. Después de ese día empezamos a mensajearnos con regularidad; al inicio era extraño porque nos saludábamos sin ánimo, incluso algunas veces coincidimos en desearnos las buenas noches. Reco-

nozco que era buen inicio. Continué llevándole comida, ahora no solamente pollo y las veces que él se encontraba en casa, tomábamos café. Nuestros tiempos no siempre eran los mismos dado que él estaba a punto de iniciar su residencia y yo me encontraba lista para comenzar a trabajar; mi prioridad era ya no depender del dinero de mamá.

En mi primer día de trabajo, apareció Tomás junto a sus amigos en el restaurante, me presentó como su hermana y eso me emocionó muchísimo. Poco a poco habíamos logrado retomar nuestra relación, algunos días después, en mi cumpleaños, Tomás pidió pasarlo conmigo, aunque dijo que tenía que trabajar; sin embargo, se apareció en mi departamento a muy temprana hora para llevarme un regalo. A simple vista pude notar que se trataba de un objeto frágil pues lo llevaba entre sus manos con mucho cuidado. Cuando al fin pude abrirlo, me sorprendí. Se trataba de una pecera que contenía dos hermosos peces, uno amarillo y el otro azul.



Me sugirió que tal vez el amarillo podría llamarse -pollo-, después de una larga explicación que profundizaba en la existencia breve de los pollos del tianguis. Supongo que se trataba de un tipo, muy a su estilo, de disculpa. Antes de irse le pregunté por su animal favorito; quería nombrar al otro pez de esa manera. Así que la sorpresa, junto al abrazo de mi hermano más dos peces: pollo y colibrí, se convirtieron en el mejor regalo de cumpleaños.

Tiempo después comenzó la residencia de Tomás en un hospital cercano, por lo que ya no podíamos frecuentarnos como antes, así que hablábamos por teléfono casi todos los días. Fue de este modo que me enteré, poco antes de que lo difundieran las noticias, que cierta enfermedad con origen en China, había llegado a México, y que los contagios empezaban a incrementarse rápidamente. Unos días después se anunció que entraríamos en cuarentena por lo que tuve que empezar a tomar

clases en línea. Tomás me prohibió que continuara llevándole comida, y en general, vernos, no quería ponerme en riesgo.

Me sentía muy sola, estaba acostumbrada a mi ritmo de vida, a trabajar y a estar en clases con mis amigos. En mi departamento mis únicas compañías eran pollo y colibrí.

Tomás pasó su cumpleaños trabajando, sus mensajes eran cada vez menos frecuentes, los contagios estaban a tope; me preocupaba que se enfermara y me molestaba al ver a la gente salir de sus hogares por cosas innecesarias, como si todo estuviera bajo control.

Todas las tardes me sentaba en la terraza con pollo y colibrí, me gustaba poder apreciar la puesta de sol. Un día, alguno de los amigos de mi hermano, me avisó que, al no sentirse bien, Tomás se había realizado la prueba y era positivo, tenía Covid y se

encontraba grave. No podía visitarlo, no tenía forma de comunicarme con él, no podía hacer nada. Los siguientes días fueron los más difíciles ya que no dejaba de revisar mi celular con la esperanza de que su amigo me escribiera para comunicarme que ya se encontraba mejor. No quería cocinar, ni tomar clases, ni siquiera podía comer. Me la pasaba todo el día en el balcón viendo hacia la dirección de su casa, quería correr a buscarlo, pero él no estaba ahí.

Tomás era muy inteligente, recuerdo que conocía datos interesantes, por ejemplo, además de gustarle el colibrí por sus colores y por su belleza singular, era su animal favorito gracias a una antigua leyenda indígena. Aquel día tenía prisa que no pudo contármela con exactitud, y como nunca más volvimos a tocar ese tema decidí buscarla. Después de leerla cerré mis ojos, anhelaba con todo mi corazón poder comunicarme con él. Cuando los abrí, no podía creer que un colibrí estuviera vo-

lando alrededor de mis plantas. Rápidamente se dirigió hacia la casa de Tomás y fue en ese momento que mi celular sonó. Mi hermano progresaba, lo cual significaba que no era necesario entubarlo. Tal vez se trataba de una bonita coincidencia; en primavera se pueden apreciar a muchos colibríes por los alrededores, pero el mensaje más la recuperación de Tomás, me parecían dos sucesos increíbles. ¿Podía existir algo mejor? No lo creo.



02



El GENERAL



Haber conocido a Mauro Martínez fue lo mejor que pudo pasarme en la vida. Encontrar a alguien como él es difícil, pero conocerlo durante el episodio más terrible que tuvo el país fue extraordinario. Por años hemos soportando al tirano de Díaz y la gente ya está fastidiada; he escuchado como nuestros predecesores lograron la independencia de nuestro país, y aunque ya no llevamos el nombre que nos pusieron los conquistadores, la patria está muy lejos de ser libre, justa y equitativa. Se trata

de la misma maldición de siempre: aunque México prospere en diferentes aspectos, la gente trabajadora es la que menos recibe.

A Mauro lo conocí una mañana de sábado en la cantina La Ópera; con frecuencia nos reuníamos ahí, no sólo a beber sino también a hablar sobre las diferentes estrategias y planes para la revolución. Él se encontraba sentado en una esquina, reunido con 3 hombres más, era delgado y alto, de rostro moreno y con el cabello ligeramente rizado, no podía tener más de diecisiete años. Me intrigó desde el primer momento que lo vi, eso no me pasaba con frecuencia.

Reunidos éramos muchos los que continuábamos luchando: agricultores, ganaderos, mineros, etc. Hombres, mujeres y la mayoría de los trabajadores estaban hartos de la situación, principalmente los hombres que con frecuencia se quejaban de la



miseria, de la falta de trabajo y de dinero. Yo misma me encontraba también cansada de muchas situaciones similares.

Empecé a trabajar con Mauro meses después de nuestro primer encuentro, ahí me enteré de que aún no cumplía ni los dieciséis años; sin embargo, empezaron a molestarme algunas de sus actitudes. Él siempre se veía feliz, era amable con todos, parecía más como si se encontrara en medio de un pacífico día de campo que de una guerra. Opté por asignarle los trabajos más arriesgados y peligrosos; no quería que muriera, pero era necesario endurecerlo un poco. Muy pronto me di cuenta de que, pese a su edad, portaba una apariencia un poco añorada producto de sus actitudes amables; no obstante, era un excelente soldado y sus estrategias eran certeras, inteligentes y audaces.

—*Yo no le agrado, ¿verdad?* —Me dijo una noche mientras se sentaba a mi lado.

Nunca había hablado con él más de lo necesario. Siempre he sido una persona poco sociable, por las noches la mayoría de los soldados y soldaderas se reunían alrededor de varias fogatas; tocan la guitarra, cantan y toman. Yo prefería la soledad, sumergirme en mis pensamientos acompañada solamente de la oscuridad.

—*¿Por qué lo dice Martínez?*

—*Si me permite decirlo mi generala* —Mauro esperó a que yo le diera una señal de que podía continuar. —*Creo que a usted no le agrada nadie, siempre está apartada de todos.*

—*Estamos en una guerra, Mauro, no venimos a hacer amigos sino a luchar.*

Meses después él seguía con vida y aunque ya habíamos perdido a muchos soldados, continuábamos moviéndonos constantemente por tren algunas veces, y otras, a pie.

Cuando nos acercábamos al norte, decidí convertir a Mauro en mi mano derecha; los demás soldados empezaron a nombrarlo burlonamente “El general”, ya que por las tropas circulaban rumores de que ambos manteníamos un fuerte amorío. No me desgasté dando explicaciones porque en primer lugar no tenía por qué darlas y en segunda, estaba segura de que esas habladurías eran producto de los celos que despertaba Mauro, dado que había sobrevivido a muchas batallas, era inteligente y también un buen soldado.

Empecé a compartir mucho tiempo con él, se tomó muy en serio su nuevo cargo, se volvió mi sombra y siempre estaba conmigo tratando de protegerme. Durante el día, la mayoría de las



veces, permanecía callado, opinaba sólo cuando yo preguntaba por algo; por las noches, hablaba todo el tiempo de su niñez, de sus padres, de sus sueños y de sus inquietudes. Nunca se refería sobre el presente y respetaba siempre mi silencio; sé que en el fondo, aunque aparentaba no escuchar, sí lo hacía.

Llegamos a Zacatecas en junio, lo primordial era conocer el terreno, y como siempre Mauro me acompañó junto con cinco hombres más. Pasamos la noche al lado del cerro de la Bufa; me acosté esperando que Mauro empezara a hablar, pero permanecía en silencio, sentado en cuclillas viendo el cielo.

—*¿No dirá nada hoy?*

—*Siento que le he contado todo lo que tengo que contar* —Se acostó a mi lado y añadió —*Ahora es su turno.*

Le confié sobre mi madre y mis hermanos, de cómo trabajábamos en una hacienda, de la pobreza y de la miseria. Le hablé de mi esposo Juan y de cómo habíamos luchado juntos al inicio, le platiqué de su muerte y de mi nombramiento como generala.

Unos días después Francisco Villa llegó con sus tropas, ordenó que al día siguiente atacáramos, entonces acudimos al cerro de la Bufa y el Grillo; ahí se encontraban las tropas de los federalistas. La batalla iba muy bien, estábamos ganando, pecho tierra Mauro y yo disparábamos; unas veces avanzábamos y otras retrocedíamos, todo dependía de la situación. Por la tarde los federalistas habían empezado a huir cuando de repente, Mauro tiró fuertemente de una de mis piernas. En una de sus manos tenía enredada una serpiente de cascabel, lo había mordido.

Aquel día salimos victoriosos de esa batalla, la revolución parecía haber terminado pues unas semanas después, Huerta

huyó del territorio, pero como siempre sucede, la lucha por tener el poder nunca termina. Nos debíamos mover nuevamente al centro del país pero antes de irnos, decidí ir nuevamente al lugar donde habíamos instalado nuestro último campamento; por primera vez, después de la muerte de mi esposo, lloré.

Estaba lista para partir cuando vi como un pequeño pajarito aleteaba cerca de una roca, parecía atrapado. Al acercarme se detuvo un segundo a mirarme para después salir volando a toda prisa; debajo de la roca se apreciaba un pequeño papel y al sacarlo de entre las piedras, pude vernos a Mauro y a mí en una foto que nos habían tomado mientras viajábamos en tren. La fotografía tenía escrita la frase “pronto ganaremos mi generala”. El colibrí regresó y se paró rápidamente en la cara de Mauro que se veía, como siempre, con una gran sonrisa en el rostro. Mauro no llegó a ser general, pero sí fue el hombre más valiente, leal y fuerte que he conocido. Él se merecía ese cargo más que nadie.



Pronto ganaremos mi generala

03



Fuera de **ÓRBITA**



La última vez que Rubén habló con sus padres tenía veinticuatro años. Había decidido casarse pese a la insistencia de ellos por esperaran un poco, decían que aún eran jóvenes, pero él no quiso entender; el no saber escuchar, era uno de sus peores defectos. Al final de cuentas sus padres tenían razón, ambos aún eran muy jóvenes y no estaban seguros de que Rubén estuviera listo para formar una familia. Cuatro años después, Rubén y su esposa Lía esperaban a su primer bebé y aunque Lía seguía manteniendo el contacto con sus suegros, no había logrado una reconciliación entre ambos.

Rubén y Lía consiguieron un departamento en el Estado de México, sin embargo, todos los días él debía ir a trabajar al Distrito Federal. Le encantaba su trabajo, amaba a su esposa y deseaba mucho el nacimiento de su hijo, pero muchas veces se sentía atrapado. Recordaba con nostalgia la vida sin tantas responsabilidades, cuando aún podía soñar en convertirse en cualquier cosa.

En algunas ocasiones se imaginaba igual que un astronauta; perdido y fuera de su órbita, destinado a dar miles y miles de vueltas hasta el final de su miserable vida. Cuando esos pensamientos se apoderaban de su mente, entraba a un territorio frágil, el de los hubiera: hubiera puesto más empeño en mis estudios, hubiera elegido otra profesión, hubiera aprendido a administrar el dinero, hubiera esperado para casarme y muchos otros más. Y en ese momento, justo cuando su vida estaba a punto de cambiar al adquirir una responsabilidad más, un nue-

vo hubiera se añadía a su lista: hubiera renunciado a tiempo a mi trabajo. Las cosas se empezaron a poner tensas y los pagos dejaron de llegar a tiempo, pero se aferró, igual que el astronauta que gira y gira sin intentar cambiar de dirección. Rubén estaba lejos de admitir que no sabía cuándo debía alejarse de las cosas que le gustaban, aun cuando sabía que al final, todo se derrumbaría.

Lo cierto es que nunca podemos estar seguros del momento en que las cosas van a cambiar porque la mayoría de las veces así es la vida, se transforma de un segundo a otro; por eso cuando Rubén se preparaba para ir a buscar un nuevo trabajo, aun sin decirle a Lía que había perdido el anterior, jamás se pudo haber imaginado que ese jueves 19 de septiembre de 1985 se sentiría más perdido que nunca en toda su vida.

La primera sensación que sintió fue un ligero mareo, unos segundos después, todo empezó a sacudirse. La gente había en-



trado en pánico; todos querían salir corriendo lo más rápido posible pues a unos cuantos metros se encontraba la salida. Desde donde se encontraba Rubén se podían observar los árboles y más adelante, el parque que tanto le había gustado admirar. Quería moverse, sabía que tenía que salir pero su cuerpo no reaccionaba; el mareo se incrementaba así que cerró los ojos con la esperanza de que al abrirlos todo hubiera terminado; sin embargo, en esa nube oscura de polvo podía seguir escuchando los gritos de desesperación de las demás personas, también sintió como un gran peso de concreto cayó encima de él.

Muchas personas aseguran que cuando alguien muere, éste puede ver su vida pasar, incluso puede apreciar a sus seres queridos; también dicen que frente a ellos se aparece un túnel iluminado por una luz blanca. Cuando Rubén intentó abrir los ojos comenzaron rápidamente a escurrirle lágrimas acompañadas de una tos intensa, trató de mover sus manos para retirarse los

escombros de la cara, pero solo pudo mover la mano derecha, la izquierda estaba atorada, no podía ver nada.

A Rubén le encantaban los ojos de su mamá, era el único rasgo físico que los unía, en todo lo demás Rubén era igual a su padre. De muy pequeño no podía dormir sino hasta que ella le diera un beso en los ojos. Casi pudo sentir nuevamente los labios de su mamá sobre sus párpados al retirarse el polvo y el escombros de su rostro, y al abrir los ojos, entre el polvo y la oscuridad, pudo distinguir su rostro.

El edificio se había colapsado, ¿cómo era eso posible? ¿Lía y el bebé estarían a salvo? ¿Sus padres lo estarían? Rubén empezó a moverse desesperadamente, necesitaba urgentemente salir de ahí, todo el cuerpo le dolía pero no le importaba, aunque entre más lo intentaba, menos no lo conseguía. Gritó una y otra vez con la esperanza de que alguien respondiera; no alcanzaba



a escuchar más que su propia respiración agitada. Era incapaz de ver algo más allá de los escombros ¿Cuánto tiempo pasaría para que muriera de hambre, de sed o por las heridas que sentía en todo su cuerpo?

Roberto el padre de Rubén era un hombre increíble, trabajador, responsable y ansioso de ayudar a sus hijos para que tuvieran la capacidad de salir adelante. Rubén recordaba con cariño cómo le había enseñado a andar en bicicleta. En aquel entonces él era muy impulsivo, se había arriesgado a bajar por una calle muy empinada y se había caído como era de esperarse; como producto de esa caída, mantenía una cicatriz en el estómago. De acuerdo con algunas creencias, el vientre alberga muchas cargas negativas que necesitan controlarse o de lo contrario, ellas regirán tu vida: miedo, estrés, ansiedad, enojo, entre otras. Con regularidad a Rubén le dolía el estómago, también con más frecuencia de la que le gustaría aceptar, se dejaba llevar por el

enojo y el egoísmo. Su hijo merecía conocer a sus abuelos y él le estaba negando ese derecho al alejarse de ellos por tantos años. Ahora no sabía si tendría la oportunidad de continuar viviendo, de tener a su hijo entre sus brazos y de reconciliarse con sus padres.

Entre sueños Rubén no podía saber con exactitud cuánto tiempo había transcurrido desde el temblor; a lo lejos podía escuchar leves quejidos y llantos. Por más que gritaba nadie le contestaba, estaba solo. De pronto sintió que algo se arrastraba hacía él; nuevamente intentó moverse pues sabía que debía alejarse de aquello que emitía un chillido extraño. Rubén pensó que se trataba de una rata, aún no podía moverse y esa cosa cubierta de tierra se acercaba cada vez más a él con movimientos muy violentos.

De pronto, distinguió un aleteo rápido y un pico, suspiró aliviado, ¡era un pajarito! Lo más probable era que éste había co-

metido el error de alejarse del parque para meterse al edificio cuando todo había ocurrido. Con su mano libre intentó quitarle la tierra de encima, sonrió. ¡Era un colibrí!, aparentemente no estaba malherido, podía mover sus alas, pero no volaba. Rubén nunca había podido tocar a un colibrí, lo consideraba imposible pero cuando estaba a punto de volver a hacerlo, el ave se alejó volando entre los escombros.

A lo lejos, comenzó a distinguir voces y a personas hablando; las piedras y escombros empezaron a moverse, gritó una última vez con todas sus fuerzas, eran rescatistas y lo habían escuchado. Después de unas horas Rubén pudo ver de nuevo la luz del día, todo se apreciaba destruido, pero había gente luchando, ayudando a las personas que como él, habían quedado atrapadas. Estaba vivo y tenía la esperanza de que sus padres y Lía también estuvieran a salvo. De entre los escombros, vio salir a otro colibrí y de este modo comprendió que todo estaría bien.



044



Lluvia de **ESTRELLAS**



Contemplar a las estrellas siempre ha sido mi parte favorita del día, cada noche salgo a observarlas; intento contarlas y me divierto buscando figuras en ellas. Me gustan más que las nubes, mi padre me acompaña cada vez que puede, nos encanta ver el cielo ennegrecido rodeado de miles de estrellas, sobre todo, cuando la cambiante y poderosa luna ilumina las pirámides.

Para mi pueblo estudiar el cielo es muy importante, también la siembra y la guerra. Mi padre se llama Ikal y es un valiente



guerrero, por este motivo no siempre puede estar en casa. Mi hermano mayor empezó a entrenar para seguir sus pasos desde hace tres años, después de su cumpleaños número doce, tuvo que irse a vivir a un internado. En ese entonces yo tenía ocho años y no entendía lo que eso representaba. Mi papá me explicó que Nahil viviría en otro lugar en donde lo prepararían para convertirse en un gran guerrero como él.

Yo también inicié mi educación, mi mamá todos los días me enseñaba cosas nuevas, sólo que a diferencia de mi hermano, yo no tengo que aprender a sostener una lanza como mi padre, tampoco tengo que ir a un internado para prepararme pues mi educación se aprende en casa. Yo tengo que saber tejer, como moler el maíz para cocinar y la forma correcta de cuidar a los niños y a los animales de la casa.

Cada vez que le pregunto a mamá por qué existen tantas diferencias entre hombres y mujeres cambia drásticamente de

tema. Sé que ninguna persona puede tener todas las respuestas, pero estoy segura que mi papá se acerca mucho, siempre encuentra la forma de disipar mis dudas con sus respuestas, aunque no siempre contesta con exactitud lo que pregunto.

—Todos tenemos una función muy especial que nos otorgan los dioses, somos diferentes y nos debemos de preparar para cosas diferentes.

Esa fue la respuesta que me dio antes de partir, al cuestionarle sobre las diferencias entre la educación de hombres y mujeres. Me gustan la distinción, nos hacen únicos, es igual que con los animales, no es lo mismo un quetzal que un colibrí o un jaguar que una tortuga. Tal vez así como la tortuga no fue creada para volar, las mujeres no nacieron para ser guerreras y estudiar fuera, y los hombres para quedarse en casa y cuidar a los niños.

Esa noche soñé que una pequeña tortuga volaba en un gran artefacto con alas, a lo mejor los dioses nos dan una función muy especial, que no es la que todo el mundo piensa, y por eso nosotros podemos construir objetos, justo para lograr nuestros sueños.

Papá y su ejército están tardando demasiado en volver, he empezado a temer lo peor. Muchas veces cuando él está ausente, sucede que mamá se esfuerza mucho para obtener mi atención, pero mi cabeza siempre se encuentra pensando en muchas cosas; sin embargo, ahora siento una sensación muy diferente, como una opresión en el pecho que me dificulta respirar.

Mientras yo siento que la vida se ha paralizado, todos continúan como si nada pasara, el mundo gira sin preocuparse de mi tristeza y preocupación, las estrellas no se ven igual en las noches y siento que todo pierde poco a poco su brillo.



Sé que las cosas van a cambiar, el cielo indica que la luna morde al sol y nos dejará en penumbra por un tiempo. De vez en cuando pasan cosas así, en ocasiones es al revés y es el sol el que muerde a la luna, cuando eso sucede, se deben realizar ceremonias y bailes especiales para que no se cumplan los malos augurios.

El sol está en su máximo esplendor, pero los pájaros no cantan; los animales son muy inteligentes y predicen todo, no hay ningún animal a la vista. Tengo que regresar a casa, cuando la luna muerde al sol, la luz que se produce es tan fuerte que podría dejar ciego a cualquiera, por lo menos al principio.

De un momento a otro parece que las horas pasaran en unos minutos, la oscuridad se apodera poco a poco de la casa, yo solo pienso en una cosa, la muerte. La luna sigue mordiendo al sol,

apoderándose de su vida, las cosechas podrían haber muerto, la guerra pudo haberse perdido, cualquier cosa puede suceder ahora.

El sol ha desaparecido, me asomo por la ventana, sé que ahora es posible; a lo lejos se escuchan las danzas y rezos. La luna cubre por completo al sol, éste aún conserva un poco de su brillo, por primera vez me permito llorar.

Distingo un rápido reflejo, un aleteo, no es posible que algún ave este volando en la oscuridad; sin embargo, con una velocidad impresionante algo pequeño y brillante se acerca.

¡Es un colibrí! Un bello colibrí, las estrellas resplandecen más que nunca, seguramente en la ciudad están estudiando qué dice el cielo en este momento. El colibrí ha llegado a mi ventana, sus coloridas plumas parecen alejar a la luna para que el sol



vuelva a brillar. Papá me ha contado muchas veces que los dioses crearon específicamente al colibrí para mandar mensajes, los buenos deseos de nuestros seres queridos y de los dioses.

La bella ave permanece conmigo hasta que el sol vuelve a resplandecer por completo, puedo sentir a papá conmigo, el colibrí se aleja. Sé que papá pronto volverá, estoy segura de haber escuchado su voz mientras el colibrí volaba, diciéndome la frase que siempre repite:

—Siempre estaré contigo Anayanzin, siempre.

03



Sueños de **LIBERTAD**



Crecí en una época difícil, no es sencillo de explicar; viajábamos con mucha frecuencia de una ciudad a otra, huyendo la mayoría de las veces, pero siempre combatiendo. Mi padre era minero en Guanajuato, mi mamá ama de casa, tenía 3 hermanos mayores pero ya no recuerdo a ninguno. Yo era muy pequeño cuando a uno de ellos lo mataron, los otros dos escaparon y nunca más volvimos a saber de ellos.

Después de haber iniciado la lucha por nuestra independencia cambiábamos constantemente de hogar; mi papá insistía con énfasis en que mamá permaneciera en Guanajuato conmigo y mis hermanos mas ella nunca quiso; fue de este modo que inició nuestro largo viaje. Papá se unió a sus compañeros de trabajo para pelear, mamá también apoyaba, cuando podía como espía, nos proporcionaba información que fuera útil para seguir luchando.

Varios años después de la muerte de mi hermano, y de la desaparición de los otros dos en Veracruz, mis padres y yo nos asentamos por un tiempo en Guerrero. Mamá se esforzó mucho para que yo aprendiera a leer y escribir, no era nada sencillo pues no había escuelas. Finalmente, en 1819 llegamos a la Ciudad de México; acababa de cumplir dieciséis años y estaba ansioso por pelear al lado de mi padre. Hasta ese momento mi colaboración se había reducido a ser mensajero y espía pues eran acti-



vidades de bajo riesgo, claro que me enfrenté a varios peligros pero siempre salí bien librado. Mi padre estaba de acuerdo en que debía participar más activamente; sin embargo, mi madre quería mantenerme a su lado, al fin de cuentas yo era su último hijo. Al tiempo que intentaba convencer a mamá sobre mi postura, le prometía mil veces algo que sabía no podía asegurar: mantenerme a salvo. Me dediqué a recorrer la ciudad.

Conocí a Vega afuera de una iglesia cuando ella tenía quince años, era descendiente directa de españoles y por tal motivo tenía aquel nombre; sus bisabuelos eran de Salamanca y sus padres decidieron llamarla como la patrona de aquel lugar. Vega a simple vista me pareció una muchacha adinerada, muy probablemente se trataba de la hija de un rico perteneciente al bando realista; aún así, ella era muy diferente y aunque era hija de un militar español, que en ese momento vivía en Guerrero, ella no era una chica presumida, no aparentaba superioridad

ante nosotros por ser mestizos. Era sencilla y apoyaba al bando insurgente pese a las ideas de sus padres, incluso prefería que la llamaran María en lugar de Vega.

Vega y yo empezamos a pasar mucho tiempo juntos, nos proporcionaba información relevante sobre el ejercito realista; cuando nos veíamos, se disfrazaba para no ser reconocida. Se había ganado el respeto y cariño de mi madre, mi padre reservaba su opinión sobre ella, aunque yo sabía que su silencio era muestra de la desconfianza que le provocaba. Ante mis ojos Vega era increíble, el tipo de mujer que es digna de admiración ya que era valiente, inteligente, con carácter, amable, divertida y además bellísima.

Después de diez años de lucha llegó el año de 1820, para esas alturas ya habíamos perdido a familiares y amigos, padecimos hambre, vivíamos en peligro constante y éramos testigos de



cómo el país se quedaba sin trabajo y comida; todos estábamos cansados pese a que nuestras últimas victorias nos daban la esperanza de que la guerra terminaría pronto y que los insurgentes, por fin lograríamos cumplir nuestros sueños de libertad.

Como todos esperaban, Vega y yo nos enamoramos, nuestra relación era una mezcla extraña entre ser compañeros de lucha y melancólicos recuerdos ajenos. Cuando podíamos encontrarnos los temas políticos eran nuestra charla cotidiana, pero cuando teníamos la oportunidad de hablar por más tiempo, nos encantaba relatar anécdotas felices de nuestras familias, sobre todo de aquella normalidad que nunca pudimos vivir plenamente; ambos guardábamos la esperanza de que esos buenos momentos regresarían sin la sombra dolorosa de todas las injusticias de estos tiempos. Con esas ilusiones transcurrió un año más, el Plan de Iguala nos dio esperanza, mi padre y yo nos

preparábamos para partir rumbo a Azcapotzalco. La despedida entre Vega y yo fue más triste de lo que esperaba pese a que ambos estábamos acostumbrados a las batallas; al contrario, lo anterior no disminuía la preocupación ante la posibilidad de no volver a verla a ella o a mi madre, ante la posible pérdida de mi padre o de mí mismo, todo era posible.

El 19 de agosto llegamos a nuestro destino, el ambiente era lluvioso; mi corazón latía acelerado, era cuestión de horas para que la lucha comenzara. Poco tiempo después nuestras tropas se retiraron de Azcapotzalco hacia una hacienda cercana pero los realistas nos siguieron por lo que tuvimos que volver a Azcapotzalco. Al llegar al refugio que la iglesia nos brindaba, las balas empezaron a pasar muy cerca de nuestras tropas, la batalla había iniciado.

Aunque traté de permanecer cerca de mi padre lo perdí de vista, la lluvia no paraba de caer; los realistas permanecían en el

techo de la iglesia, tratamos de hacer lo posible por ganar; sin embargo, las condiciones no estaban a nuestro favor, era necesario la retirada. Antes de retroceder era preciso desatorar un cañón del lodo ocasionado por tanta lluvia, no podíamos dejarlo pues los realistas lo usarían contra nosotros así que no dudé en ofrecerme, junto con otro compañero, a sacarlo de ahí lo antes posible. La lluvia caía cada vez con más fuerza, me quemaba la vista, era imposible caminar a prisa.

De un momento a otro, un ave se posó frente a mis ojos, aleteaba con mucha fuerza, parecía incluso violenta frente a mi rostro, me impedía seguir el paso; yo trataba a toda costa de deshacerme del animal cuando resbalé en medio del lodo, entre los cuerpos de muertos y los casquillos calientes. Pude observar a lo lejos que mi compañero ya se encontraba en los pies del cañón y que mientras lo amarraba, una bala le perforaba la espalda. Distinguí entre la lluvia como un colibrí se alejaba rápidamente, esa ave me había salvado la vida.



Al saber que mi compañero había dado la vida por la causa, todos reunimos fuerzas para continuar luchando, finalmente los realistas huyeron al puente del Rosario, habíamos ganado.

Mi padre murió esa noche, la victoria tenía un sabor agrídulce sin él pero habíamos triunfado. Poco tiempo después volví al lado de mi madre, las marcas en su rostro eran la prueba del dolor que había sufrido en todos esos años. Lloramos la ausencia de mi padre con el único consuelo de que su sueño se estaba cumpliendo. Al reencontrarme con Vega me sorprendí al escuchar que la noche de la batalla, un colibrí se acercó a su ventana mientras ella rezaba por mí. No encontré las palabras para decirle lo que había pasado durante la lucha, simplemente la abracé. Ya habría tiempo para confesarle que su amor me salvó la vida.





INPI

INSTITUTO NACIONAL
DE LOS PUEBLOS
INDÍGENAS



México, 2022

